

# 'La importancia de los peces fluorescentes', o la enfermedad del insomnio

HERNÁN VERA ÁLVAREZ  
Especial/El Nuevo Herald

Hay entre las páginas de *La importancia de los peces fluorescentes* una curiosa y bella esperanza, un rasgo en verdad tan a contramano en estos tiempos de armas apocalípticas, que hace sumamente placentera la lectura. Los tres protagonistas masculinos de la novela —la tercera de la escritora y periodista española Almudena Solana— padecen trastornos originados por el insomnio: El enfermero Salvador, forzado a la jubilación; Luis Ferrero, médico frustrado; y el doctor Plancton, director de la Unidad del Sueño en un Hospital de Madrid y también dueño de El Oráculo, una suerte de *shopping* de la salud ubicado en la ciudad de Los Angeles.

Todo acerca de sus circunstancias, placeres y desventuras lo sabemos por Laura Lumpe que, a manera de testamento, ya que a poco de finalizarla decidió quitarse la vida, redactó su tesis doctoral sobre el insomnio y sus flagelos, a la vez que hacía prácticas de psiquiatría. La doctora empieza su narración en Madrid pero luego la traslada a Los Angeles. Hasta allí viaja Salvador cuando gana el sorteo de las Nueces de California y allí está precisamente a punto de estrenarse El Oráculo. En estos cruces, de modo eficaz, la autora reflexiona sobre la enfermedad del insomnio —una de las más “prosperas” de este nuevo siglo— y lo que ella produce hondamente: una crispación que golpea todos los sentidos como una pesadilla que se vive despierto.

“Pero había algo más, porque, de noche, las verdades son más ciertas; por eso los ojos de los insomnes son especiales. Y eso les unía. Les unía la



ALMUDENA SOLANA

noche, esa oscuridad que plasma de frente la más cegadora certeza. Les unía la carencia ante el descanso. Ahí sí que radicaba la verdad, la no vida. ¡Cómo, si no, habría de entenderse ese infortunio! Nada es tan doloroso como esa clarividencia que

sólo aporta lo certero cuando es transparente y cruel: los

desvelos incumplidos, los sueños fracasados, todas esas torpezas de la propia vida que se crecen de noche y se pavonean de una manera impertinente ante unos ojos que no se pueden cerrar mientras los demás seres humanos duermen”.

Es con la llegada a Los Angeles, esa ciudad de tantos sueños de celuloide, que Salvador encontrará las propiedades curativas del viaje, es decir la capacidad para reinventarse a sí mismo, una vez más y para siempre. Este enfermero prejubilado será el protagonista de su propio filme, un cine de autor, obviamente. De igual modo que a Luis y al doctor Plancton —que podría haberse llamado Dr.

Frankenstein por su fundamentalismo en la vida eterna— otros golpes de suerte, los de la existencia en este caso, con su azar a veces tan predestinado, les pondrá delante de esos ojos condenadamente despiertos una posible redención. Lo que se traduce en esa esperanza de la novela que es atípica no por ser ingenua sino porque no es grosera, hipócrita o egoísta como estos tiempos que acechan en el día a día.

Y es en las últimas páginas del libro que la doctora Laura Lumpe, ella que de particular manera encontró la paz, rompe el tono glacial con que ha elegido narrar su tesis —“necesito esa distancia que requiere siempre cualquier investigación que pretenda ser sólida”— y nos dice como al oído: “Se ha hecho de noche. Eso ya son suposiciones mías, lo sé. Será mi cansancio o tal vez es que confío en la noche. Confío en que en algún momento nos haga iguales: un puñado de seres que se columpian entre el sueño y los sueños y duermen en paz”.

Buenas noches.



DE IMPRENTA